

bre/productor nuevo y la mujer/ama de casa nueva sabrían resolver para mayor gloria y satisfacción de su patrón/padre, también nuevo.

El aspecto práctico, por su parte, se nos muestra en la Asturias de la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX. La estrategia —conjugación perfecta de teoría y práctica— de los primeros empresarios capitalistas industriales (nuestros «paternalistas» particulares) pretendió, como no podía ser de otra forma, modelar un trabajador nuevo —minero en este caso— (terminando para siempre con el lastre del obrero mixto) y, a partir de ahí, —de su reproducción— conseguir el hombre nuevo —probo operario, buen padre y esposo—. Sin embargo, como ya ha quedado apuntado, estos «capitanes» de la industria local o regional tropezaron con una trilogía de problemas (la escasez de brazos, su autonomía en el obrar— en lo que influye su carácter mixto— y, fundamentado en esto último, no enteramente proletarios) que se demostraron fatalmente indisolubles. Por ello mismo, los ejes de su intervención (en sus cuatro grandes líneas: *mecanización de los procesos de trabajo*; acción reglamentista —*la vigilancia directa*—; *gestión del salario* —directo; y gestión indirecta del salario —las llamadas «obras sociales») no dieron los frutos deseados, resultaron fallidos por las características del medio en que actuaron: «*un mercado de trabajo estrecho, inelástico y desorganizado*, un mercado de trabajo de características preindustriales y precapitalistas». En el caso Asturiano —o español en general—, además, la estrategia del «paternalismo industrial» debió de hacer frente a problemas generados por la contradicción del capital/trabajo, y dedicar todos sus esfuerzos a la *prevención del conflicto*: fue el principio del fin del «edificio paternalista».

Ante la evidencia del fracaso —al que coadyuvó, en esencia, el cambio de ritmo impuesto por la cesura de la primera guerra mundial—, debieron pasar el testigo de la «reproducción social del obrero soñado» al Estado, el nuevo agente de la *burguesía capitalista*, que ya había empezado a actuar en clave *intervencionista* en materia social. Era el final de una era —y de todo un ciclo disciplinario—.

Guillermo A. Pérez Sánchez (Universidad de Valladolid)

MARIANO FERNANDEZ ENGUITA, *LA CARA OCULTA DE LA ESCUELA. EDUCACION Y CAPITALISMO*, Siglo Veintiuno de España Editores, S.A., Madrid, 1990 (228 pp.).

El libro que ahora presentamos, que en la jerga bibliográfica se encuadra en el apartado de educación, nos interesa también, desde un punto de vista histórico. El autor escribe sobre las transformaciones del mundo del trabajo hasta su actual forma histórica —el capitalismo—, ilustrándonos el proceso a partir del caso europeo —con la revolución industrial como paradigma— y de la experiencia colonial —su corolario más perverso, en la línea teórica de V.I. Lenin y su obra, *El imperialismo, estadio supremo del capitalismo*—. La otra gran parte del libro en cuestión hace referencia a la escuela, no en la línea de Danton, precisamente («Después del pan —decía el revolucionario francés— la instrucción es la primera necesidad del pueblo»), sino en aquella otra según la cual la escuela es la adormedera del pueblo, instrumento del capitalismo para la reproducción de trabajadores dóciles, aunque felices.

Trabajo y educación, en suma, meros agentes —contrarrevolucionarios— del capitalismo. Decíamos que se trata de una obra escrita sobre la educación desde el

mundo teórico de la sociología, faceta a la que se dedica el autor. Pero también se refiere, como ya hemos comentado, al trabajo. Y ambos aspectos, merecen nuestra atención histórica, elemento del que adolece el libro de Fernández Enguita, ya que fundamenta su argumentación simplemente en los aspectos perversos que el trabajo —asalariado— y la educación —para la reproducción de asalariados— han causado al hombre y a la sociedad modernos, sin mencionar ninguna aportación positiva nacida al calor del triunfo del capitalismo, pero también de la libertad y de la democracia, en su acepción liberal: y este es su error principal. El capitalismo es presentado como el Leviatán moderno, y en los tiempos que corren es mucho decir.

En realidad, la trama argumental que Fernández Enguita nos presenta nos es ya demasiado conocida: el capitalismo, a través de sus agentes, ha urdido históricamente una trama que le ha llevado al triunfo ¿final? y en la que han caído los hombres, empujados inexorablemente a la denostada economía de mercado y, por ende, al trabajo asalariado —la menos libre de todas las formas de trabajo— y en la cual se reproducirán como si de obreros probetas se tratara, porque, además, se cuenta para dicha reproducción con la escuela, inventada y reinventada por él mismo.

El capitalismo ha triunfado a la vez que el trabajador se ha degradado, ha perdido su control sobre los medios de producción y se ha convertido en proletario. En todo este proceso, como ya hemos apuntado, la escuela o el proceso educativo —las relaciones sociales de educación— ha servido a la causa de la mejor forma posible: inculcando la certeza de que no hay nada mejor que el trabajo asalariado, y que cada cual debe aceptar su suerte y reproducirse en su papel a mayor gloria y tranquilidad del capitalismo.

Sin embargo, las cosas no han sido así —o al menos del todo—. El capitalismo, a pesar de su perversidad —incluso teniendo en cuenta los peores momentos del inicio de la revolución industrial; aquéllos que le sirvieron a Marx para clamar contra la injusticia del sistema naciente pero que, al obcecarse en ellos, le hicieron errar las predicciones de futuro, en el sentido de que la sociedad no se ha proletarizado, sino que, en gran medida se ha aburguesado —ha mejorado las condiciones de vida y de trabajo de los grupos populares, ha extendido los valores referidos a la dignidad de la persona y lo que concierne a los derechos humanos. Y en todo ello, la escuela ha desempeñado un papel de gran importancia, cumpliendo en gran medida los propósitos de Danton, igualando más que en otros tiempos las diferencias de cuna, aunque todavía queda mucho por hacer hasta el triunfo final de la meritocracia, sin más.

En resumen, un libro crítico y discutible, que merece ser criticado, y necesita, por todo ello, aportaciones más ecuánimes e históricas en un momento floreciente de la historiografía no marxista ¿liberal?, y en cuyo sentido se debe profundizar.

Guillermo A. Pérez Sánchez (Universidad de Valladolid)

ADRIAN SHUBERT: *HISTORIA SOCIAL DE ESPAÑA (1800—1990)*, Nerea, S.A. Madrid, 1991 (421 pp.).

El presente libro de Adrián Shubert nada tiene que ver con las obras monográficas sobre historia social por más que su título así lo presente: es, en el mejor de los casos, un manual o una síntesis excesivamente ligera de los doscientos últimos años de la historia de España. Y semejante empresa, es decir, el escribir un buen manual de historia, no es una tarea para una sola persona. Como dijo acertadamente E.J. Hobsbawm: los proyectos faraónicos en historia han pasado a mejor mundo, en los